La visita del Canciller mexicano a la U.R.S.S., licenciado Antonio Carrillo Flores tiene una significación que va más allá de la rutina de los asuntos diplomáticos. Se trata, desde luego, de conseguir que los rusos apoyen la moción desnuclearizadora que se ha llamado Tratado de Tlatelolco y que representa hasta el día de hoy la propuesta pacifista de mayor envergadura que haya imaginado México en el plano internacional. Se trata, en segundo lugar, de firmar un convenio científico-cultural de intercambio entre México y la U.R.S.S., que nos permita utilizar las experiencias de esta nación en beneficio de la nuestra y una renovadora intención de dar a conocer a los soviéticos lo que hemos realizado en los campos de la ciencia y de la cultura. Finalmente, se trata de que la balanza comercial que nos es favorable se equilibre sin que haya deterioros que a la larga nos perjudique.

Hay que descartar la idea de que México lleve a Moscú la encomienda cubana de suavizar las relaciones con los rusos, lastimadas desde hace ya mucho tiempo. Tampoco podemos pensar que México le va a explicar a los rusos que no pudo ser la sede de las conversaciones de paz entre los Estados Unidos y el Vietnam del Norte. Todo esto queda fuera de la agenda del viaje, del tema de las conversaciones. Entonces, se me dirá, ¿qué importancia tiene, pues, esa excursión de vacaciones para el Canciller Carrillo Flores?

Empecemos por esto último. La visita a Rusia no es para Carrillo Flores unas vacaciones exóticas. Tradicionalmente ha sido considerado como un hombre identificado con los Estados Unidos y alérgico a cualquier idea socialista. ¿En este momento precisamente para que se “cure” de esta antipatía? En cierto sentido, sí. Rusia no es ya la nación en la que se van a beber las ideas de alto concentrado revolucionario. Los grados de su radicalidad han amenguado casi hasta el extremo del conformismo. Cuando los jóvenes europeos gritan “viva la anarquía”, la asistencia devota a la tumba de Lenin semeja ir a París a rendir un tributo a la carcoma de don Porfirio Díaz. Desde ese punto de vista no hay peligro alguno de que el viaje del Canciller signifique otra cosa que la presencia en un país que todo inspira menos turbulencias ideológicas y cambios radicales. En este contexto afirmamos que la transición entre los Estados Unidos y la U.R.S.S. no es en nuestros días algo así como un salto al vacío, más bien es un deslizamiento sin pendiente, de lo mismo a casi lo mismo.

Los partidarios rancios de la disparidad abismática entre el régimen soviético y el norteamericano no pueden invocar más que una diferencia digna de explotación: que la balanza de pagos entre uno y otro régimen es de signo contrario. Les compramos más a los Estados Unidos que lo que les vendemos, les vendemos más a los rusos que lo que les compramos. Toda una conversión comercial a favor de los países socialistas –Rusia a la cabeza– nos sería favorable. Y esto hay que mantenerlo, ya que con los Estados Unidos no lo podemos, nos atornillan y torturan. ¿A esto se reduce toda nuestra atención por el bloque socialista? En lenguaje realista sí, y Carrillo Flores es realista.

Cuando de un país se puede hablar con la habitual asepsia diplomática y sin que intervenga para nada la ideología de esa nación, las cosas adquieren el sabor de un viaje de placer. Creo que Carrillo Flores no topará con la necesidad de considerar que los logros soviéticos se deben a la ideología que inscriben en sus manuales escolares sino a la sabiduría y sobriedad, aguante de sus habitantes. Sería absurdo, por decir lo menos, que alguien saliera con la inocentada de que en estas condiciones el viaje del canciller es cómodo y acomodado a sus convicciones más profundas de concordia y amor a lo conveniente. No ha sido culpa de Carrillo el que Rusia haya evolucionado hasta estas modificaciones tan tranquilizadoras.